

B. A. Paris

**AL CERRAR LA PUERTA**

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

Título original: *Behind Closed Doors*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Bernadette MacDougall, 2016

© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9104-583-0

Depósito legal: M. 40.218-2016

Printed in Spain

*A mis hijas, Sophie, Chloë,  
Céline, Eloïse y Margaux*



# Presente

---

Jack deja la botella de champán en la encimera de mármol de la cocina y el ruido me sobresalta. Me vuelvo hacia él, confiando en que no haya notado lo nerviosa que estoy. Me sorprende mirándolo y sonrío.

—Perfecto —dice en voz baja.

Me coge de la mano y me lleva adonde esperan nuestros invitados. Al cruzar el vestíbulo, veo el lirio en flor que Diane y Adam nos han traído para el jardín. Es de un rosa tan hermoso que confío en que Jack lo plante donde yo pueda verlo desde la ventana del dormitorio. Solo de pensar en el jardín se me llenan los ojos de lágrimas, que contengo de inmediato. Con todo lo que está en juego esta noche, debo centrarme en el aquí y ahora.

En el salón crepita el fuego en la antigua chimenea. Estamos ya a mediados de marzo, pero el aire todavía es algo fresco y a Jack le gusta que nuestros invitados estén tan cómodos como sea posible.

—Tenéis una casa preciosa, Jack —afirma Rufus admirado—. ¿Verdad, Esther?

No conozco ni a Rufus ni a Esther. Son nuevos en el vecindario y esta noche es la primera vez que los vemos, algo que me pone aún más nerviosa. Pero no puedo permitirme el lujo de decepcionar a Jack, así que esbozo una sonrisa y rezo para

caerles bien. Esther no me devuelve la sonrisa, por lo que supongo que se reserva su opinión. Es comprensible. Desde que se unió a nuestro grupo de amigos hace un mes, no habrán parado de decirle que Grace Angel, esposa del brillante abogado Jack Angel, es una mujer ejemplar que lo tiene todo: la casa perfecta, el marido perfecto, la vida perfecta. En su lugar, también yo estaría harta de mí.

Mis ojos se posan en la caja de exquisitos bombones que acaba de sacar del bolso y experimento un fugaz entusiasmo. Como no quiero que se los dé a Jack, me acerco despacio y ella, instintivamente, me los ofrece.

—Gracias, parecen deliciosos —le digo agradecida, y los dejo en la mesa de centro para poder abrirlos luego, cuando sirvamos el café.

Esther me intriga. Es completamente opuesta a Diane —alta, rubia, delgada, reservada— y me inspira respeto casi sin quererlo, solo por ser la primera persona que no se deshace en halagos sobre nuestra casa nada más entrar en ella. Jack se empeñó en elegirla él mismo, porque iba a ser mi regalo de bodas, de modo que la vi por primera vez cuando regresamos de nuestra luna de miel. Aunque me había dicho que era perfecta para nosotros, no entendí del todo a qué se refería hasta que la tuve delante. La casa, levantada en medio de una extensa finca en la zona más apartada del pueblo, le permite a Jack disfrutar de la intimidad que anhela y del privilegio de poseer la vivienda más hermosa de todo Spring Eaton. Y la más segura. Dispone de un complejo sistema de alarma con persianas de acero para proteger los ventanales de la planta baja. Parecerá extraño que dichas persianas casi siempre estén bajadas durante el día, pero, como bien dice Jack a todo el que pregunta, con un trabajo como el suyo, una buena seguridad debe ser siempre prioritaria.

Tenemos muchos cuadros en las paredes del salón, pero todas las visitas se fijan en el gran lienzo rojo colgado sobre la

chimenea. Diane y Adam, que ya lo conocen, no pueden evitar acercarse a echarle otro vistazo. Rufus se une a ellos, mientras Esther se sienta en uno de los sofás de piel de color crema.

—Es asombroso —dice Rufus, contemplando fascinado los cientos de pequeñas marcas que componen la mayor parte de la pintura.

—Se titula *Luciérnagas* —informa Jack, destrenzando el alambre que recubre el corcho de la botella de champán.

—En mi vida he visto nada igual.

—Lo ha pintado Grace —le indica Diane—. ¿A que es increíble?

—Deberíais ver sus otras obras —Jack descorcha la botella sin hacer apenas ruido—. Son fantásticas.

Interesado, Rufus mira por toda la estancia.

—¿Están aquí?

—No, están colgadas en otras partes de la casa.

—Para disfrute exclusivo de Jack —bromea Adam.

—Y de Grace. ¿No es así, cariño? —dice Jack, sonriéndome—. Para disfrute de los dos.

—Sí, así es —coincido, y miro para otro lado.

Nos sentamos con Esther en el sofá y Diane se alborota cuando Jack sirve el champán. Me mira desde enfrente.

—¿Te encuentras mejor? —pregunta—. Grace no pudo venir a almorzar conmigo ayer porque estaba enferma —explica, volviéndose hacia Esther.

—No fue más que una migraña —protesto.

—Por desgracia, las sufre con frecuencia —Jack mira hacia donde estoy sentada, con cara de pena—. Pero nunca le duran mucho, afortunadamente.

—Es la segunda vez que me das plantón —señala Diane.

—Lo siento —me disculpo.

—Por lo menos esta vez no fue porque se te hubiera olvidado —me pica—. ¿Qué te parece si quedamos el viernes que

viene, para compensar? ¿Podrás, Grace? ¿No tendrás ninguna cita con el dentista de la que te acuerdes en el último momento?

—No, ni migrañas tampoco, espero.

Diane se vuelve hacia Esther.

—¿Te apetece venir con nosotras? Tendrá que ser en un restaurante del centro, porque yo trabajo.

—Gracias, me encantaría —contesta, y me mira, quizá para asegurarse de que no me importa que venga, así que le respondo con una sonrisa, y me siento muy culpable porque sé de sobra que no voy a ir.

Jack reclama la atención de todos y propone un brindis por Esther y Rufus a modo de bienvenida al vecindario. Levanto mi copa y bebo un sorbo de champán. Las burbujas me bailan en la boca y, de pronto, experimento un instante de felicidad al que trato de aferrarme pero que se esfuma tan rápido como ha llegado.

Miro hacia donde Jack se encuentra hablando animadamente con Rufus. Adam y él conocieron a Rufus en el club de golf hace un par de semanas y lo invitaron a jugar con ellos. Al descubrir que Rufus era un excelente jugador, aunque no lo bastante para considerarlo un rival, Jack los invitó a cenar a Esther y a él. Pero no será tan sencillo: Diane es muy impresionable; Esther, en cambio, parece más complicada.

Me excuso, me dirijo a la cocina en busca de los canapés que he preparado antes y aprovecho para dar los últimos toques a la cena. Por cortesía —Jack se pone pesadísimo con eso—, no debo ausentarme mucho rato, de modo que bato deprisa las claras de huevo que esperan en el cuenco hasta dejarlas a punto de nieve y las incorporo a la base del suflé que ya tengo preparada.

Mientras dispongo la mezcla a cucharadas en recipientes individuales, miró nerviosa el reloj de la pared, luego coloco

los recipientes al baño maría, los meto en el horno y anoto la hora exacta. Siento una momentánea punzada de pánico al pensar en la posibilidad de que no me dé tiempo a tenerlo todo listo en su momento, pero, recordándome que el miedo es mi enemigo, procuro mantener la calma y vuelvo al salón con la bandeja de canapés. Los voy ofreciendo y acepto agradecida los cumplidos, porque Jack también los habrá oído. Prueba de ello es que, dándome un beso en la coronilla, coincide con Diane en que soy una estupenda cocinera, y yo suspiro aliviada sin que se note.

Decidida a hacer algún progreso con Esther, me siento a su lado. Al verlo, Jack me releva de los canapés.

—Te mereces un descanso, cariño, después del esfuerzo que has hecho hoy —me dice, sosteniendo en equilibrio la bandeja con sus dedos largos y elegantes.

—No ha sido para tanto —protesto, aunque es mentira y Jack lo sabe, porque el menú lo ha elegido él.

Empiezo a hacerle a Esther las preguntas de rigor: si ya se ha establecido en la zona, si le ha dado pena marcharse de Kent, si sus hijos se han adaptado bien al nuevo colegio... Por alguna razón, parece irritarla que esté bien informada; por eso le pregunto cómo se llaman los niños, aunque ya sé que él se llama Sebastian y ella se llama Aisling. Sé incluso cuántos años tienen —siete y cinco— pero finjo que lo ignoro. Como Jack está pendiente de cada palabra que digo, seguro que se pregunta a qué juego.

—Vosotros no tenéis hijos, ¿verdad? —me dice Esther, más en tono afirmativo que interrogativo.

—No, aún no. Hemos preferido disfrutar primero de un par de años solos.

—Vaya, pero ¿cuántos lleváis casados? —inquire sorprendida.

—Uno —reconozco.

—Su aniversario fue la semana pasada —interviene Diane.

—Y sigo sin querer compartir a mi preciosa esposa con nadie —señala Jack a la vez que le rellena la copa a Diane.

Distraída por un instante, observo cómo una diminuta gota del espumoso escapa de la copa y cae en la rodilla de sus immaculados pantalones de pinzas.

—Espero que no os importe que os lo pregunte —dice Esther, dejándose llevar por la curiosidad—, pero ¿alguno de los dos ha estado casado antes?

Lo dice como si esperara un sí por respuesta, como si descubrir que hay un exmarido o una exmujer contrariados acechando entre las sombras fuera a demostrar que no somos del todo perfectos.

—No, ninguno de los dos —respondo.

Entonces mira a Jack y sé que no acaba de entender que alguien tan atractivo haya estado soltero tanto tiempo. Al notarse observado por ella, Jack le dedica una sonrisa cordial.

—Debo admitir que, a los cuarenta, ya no contaba con encontrar a la mujer perfecta, pero, en cuanto vi a Grace, supe que ella era la persona que había estado esperando.

—Qué romántico —suspira Diane, que ya sabe cómo nos conocimos—. No sé ni con cuántas mujeres intenté emparejar a Jack, pero no encajaba con ninguna, hasta que conoció a Grace.

—¿Y tú, Grace? —quiere saber Esther—. ¿Para ti también fue amor a primera vista?

—Sí —digo, recordando—. Así fue.

Abrumada por el recuerdo, me levanto demasiado rápido y Jack se vuelve hacia mí.

—Los suflés —le explico serena—. Ya deberían estar. ¿Todos listos para sentaros a la mesa?

A instancias de Diane, que les dice que un suflé no espera a nadie, apuran las copas y se dirigen a la mesa. Esther, en

cambio, se detiene a medio camino para contemplar más de cerca *Luciérnagas*. Entonces Jack se une a ella en lugar de insistirle en que se siente y yo suspiro de alivio, porque a los suflés todavía les queda un rato. Si estuvieran ya listos, la demora casi me haría llorar de angustia, sobre todo cuando veo que Jack se entretiene en detallar las distintas técnicas que utilicé en la creación de esa obra.

Cuando por fin se sientan, cinco minutos después, los suflés están en su punto justo de cocción. Diane manifiesta su asombro y Jack me sonríe desde el extremo opuesto de la mesa y les dice a todos que soy muy lista.

En veladas como esta, recuerdo por qué me enamoré de Jack. Encantador, divertido e inteligente, siempre sabe qué decir y cómo decirlo. Como Esther y Rufus son nuevos en el grupo, mientras nos tomamos los suflés Jack se asegura de que la conversación sea de su agrado. Insta a Diane y a Adam a que revelen información sobre sí mismos que resulte útil a nuestros nuevos amigos, como dónde compran o los deportes que practican. Aunque Esther escucha con educación la retahíla de actividades de ocio, los nombres de sus jardineros y de sus niñeras o el mejor sitio para comprar pescado, sé que soy yo quien le interesa y sé que retomará el asunto de nuestra boda tardía con la esperanza de descubrir algo, lo que sea, que denote que lo nuestro no es tan perfecto como parece. Se va a llevar un chasco.

Esther espera a que Jack trinche el solomillo Wellington y lo sirva acompañado de las patatas al gratén y las zanahorias suavemente glaseadas con miel. También hay algunos guisantes dulces que he hervido rápidamente justo antes de sacar la carne del horno. Diane se maravilla de que haya logrado tenerlo todo listo a la vez y reconoce que ella siempre opta por un primer plato como el curri, que se puede preparar con antelación y calentar en el último momento. Me dan ganas de

decirle que también yo preferiría hacerlo como ella, que servir una cena tan perfecta me supone cálculos concienzudos y noches en vela. Sin embargo, la otra opción, presentar algo que no sea del todo perfecto, sería inaceptable.

Esther me mira desde el otro lado de la mesa.

—Entonces, ¿dónde os conocisteis Jack y tú?

—En Regent's Park —respondo—. Un domingo por la tarde.

—Cuéntale lo que pasó —me pide Diane, con las mejillas sonrosadas por el champán.

Titubeo un instante, porque es una historia que ya he relatado antes. No obstante, como a Jack le encanta oírlo, sé que debo repetirla. Por suerte, Esther, que confunde la pausa con reticencia, me sirve de acicate.

—Cuéntalo, por favor —añade enseguida.

—Bueno, os lo cuento, aun a riesgo de aburrir a los que ya lo han oído antes —empiezo, con una tímida sonrisa—. Yo estaba en el parque con mi hermana, Millie. Solemos ir allí los domingos por la tarde y ese día tocaba una banda. A Millie le encanta la música y le estaba gustando tanto que se levantó del asiento y se puso a bailar delante del kiosco. Había aprendido a bailar el vals hacía poco, así que estiró los brazos al frente como si bailase con alguien —me sorprendo sonriendo al recordarlo y ansiando que la vida fuera aún tan sencilla, aún tan inocente—. Pese a que la gente, en general, se mostró bastante comprensiva, feliz de ver lo mucho que disfrutaba Millie —prosigo—, noté que una o dos personas se sentían incómodas y supe que debía hacer algo, pedirle que volviera a sentarse, quizá. Sin embargo, una parte de mí se resistía a hacerlo porque...

—¿Cuántos años tiene tu hermana? —me interrumpe Esther.

—Diecisiete —hago una breve pausa. Me cuesta afrontar la realidad—. Casi dieciocho.

Esther enarca las cejas.

—Le gusta llamar la atención, entonces.

—No, en absoluto, lo que pasa es que...

—¿Cómo que no? Uno no se levanta y se pone a bailar en un parque, ¿no?

Repasa a la concurrencia con gesto triunfante y, cuando todos le esquivan la mirada, no puedo evitar compadecerla.

—Millie tiene síndrome de Down —la voz de Jack rompe el incómodo silencio que se ha cernido sobre la mesa—. Por eso a menudo actúa con asombrosa espontaneidad.

Esther parece confundida y a mí me fastidia que quienes se lo han contado todo de mí hayan olvidado hablarle de Millie.

—El caso es que antes de que yo me decidiera a hacer algo —digo, para ahorrarle el bochorno—, este caballero se levantó de su sitio, se acercó adonde Millie bailaba, hizo una reverencia y le tendió la mano. A ella le encantó y, cuando empezaron a bailar juntos, todo el mundo comenzó a aplaudir, y luego otras parejas se levantaron y bailaron también. Fue un momento muy, muy especial. Y, como es lógico, yo me enamoré inmediatamente de Jack por haberlo hecho posible.

—Lo que Grace no sabía por entonces es que yo las había visto en el parque la semana anterior y también me había enamorado inmediatamente de ella. Me pareció tan atenta con Millie, tan entregada. Jamás había visto a nadie tan devoto, y me propuse conocerla.

—Y lo que Jack no sabía por entonces —digo— es que yo había reparado en él la semana anterior, pero ni se me había pasado por la cabeza que pudiera interesarle alguien como yo.

Me divierte que todos asientan con la cabeza. Aunque soy atractiva, como Jack tiene pinta de estrella de cine, muchos piensan que he tenido suerte de que haya querido casarse conmigo. Pero no lo digo por eso.

—Grace no tiene más hermanos y pensó que me desalentaría que Millie terminara siendo responsabilidad exclusivamente suya algún día —explica Jack.

—Como había desalentado a otros —aclaro.

Jack niega con la cabeza.

—Todo lo contrario: fue precisamente ver que Grace haría cualquier cosa por Millie lo que me hizo comprender que era la mujer que había estado buscando toda la vida. En mi gremio, es fácil perder la fe en la humanidad.

—Por el periódico de ayer, deduzco que debo felicitarte —dice Rufus, alzando la copa en dirección a Jack.

—Sí, enhorabuena —Adam, que es abogado de la misma firma que Jack, alza la suya también—. Otra condena en tu haber.

—Era un caso muy sencillo —dice Jack modestamente—. Aunque demostrar que mi cliente no se había infligido las heridas ella misma, dada su propensión a lesionarse, ha resultado algo más complicado.

—Pero ¿no son siempre fáciles de probar los casos de abusos? —pregunta Rufus mientras Diane le cuenta a Esther, por si no lo sabe, que Jack defiende a los desvalidos, más concretamente a mujeres maltratadas—. No es que quiera desmerecer tu extraordinaria labor, pero suele haber pruebas físicas, o testigos, ¿no es así?

—Lo que a Jack se le da bien es conseguir que las víctimas confíen lo suficiente en él como para contarle lo que ha pasado —explica Diane, a quien sospecho un poquito enamorada de Jack—. Muchas mujeres no tienen a quién recurrir y temen que nadie las crea.

—Además se asegura de que a los culpables los encierren una buena temporada —añade Adam.

—No siento más que desprecio por los hombres que maltratan a sus esposas —sentencia Jack—. Se merecen todos los años de condena que puedan caerles.

—Brindo por eso —dice Rufus, alzando de nuevo la copa.

—Jamás ha perdido un caso, ¿verdad, Jack? —añade Diane.

—No, ni pienso hacerlo.

—Un expediente impoluto... ¡todo un logro! —reflexiona Rufus, impresionado.

Esther se vuelve hacia mí.

—Tu hermana, Millie, es mucho más joven que tú —observa, retomando la conversación donde la habíamos dejado.

—Sí, nos llevamos diecisiete años. Millie nació cuando mi madre ya tenía cuarenta y seis. Al principio, ni se le ocurrió que pudiera estar embarazada, así que fue una sorpresa para ella descubrir que iba a ser madre de nuevo.

—¿Millie vive con tus padres?

—No, está interna en un magnífico colegio del norte de Londres, pero, como en abril cumple los dieciocho, este verano tendrá que marcharse de allí. Una pena, porque a ella le encanta.

—¿Adónde irá entonces? ¿A casa de tus padres?

—No —hago una breve pausa porque sé que lo que estoy a punto de decir le va a chocar—. Mis padres viven en Nueva Zelanda.

Esther no disimula su asombro.

—¿En Nueva Zelanda?

—Sí, se jubilaron el año pasado, justo después de nuestra boda.

—Entiendo —dice, pero sé que no es así.

—Millie vendrá a vivir con nosotros —le explica Jack. Me sonrío—. Sabía que era una de las condiciones para que Grace accediera a casarse conmigo y estoy más que dispuesto a satisfacerla.

—Muy generoso por tu parte —señala Esther.

—En absoluto... Me encanta la idea de que Millie viva con nosotros. Dará una nueva dimensión a nuestras vidas, ¿verdad, cariño?

Levanto la copa y bebo un sorbo de vino para no tener que responder.

—Es evidente que te llevas bien con ella —observa Esther.

—Bueno, quiero pensar que el aprecio es mutuo... Aunque le costara un poco aceptar que Grace y yo nos hubiéramos casado de verdad.

—¿Y eso por qué?

—Creo que nuestro matrimonio fue un mazazo para ella —le contesto yo—. Jack le cayó genial desde el principio, pero, cuando volvimos de la luna de miel y se dio cuenta de que él iba a estar conmigo todo el tiempo, se puso celosa. Ya se le ha pasado. Ahora Jack vuelve a ser su persona favorita.

—Por suerte, George Clooney ha ocupado mi puesto como blanco de su antipatía —dice Jack entre risas.

—¿George Clooney? —inquire Esther.

—Sí —asiento con la cabeza, contenta de que Jack haya sacado el tema—. Yo tenía cierta predilección por él...

—Como todas, ¿no? —murmura Diane.

—... y a Millie le fastidiaba tanto que, cuando un año unas amigas me regalaron un calendario de George Clooney por Navidad, garabateó en él: «No me gusta George Clooney». Bueno, en realidad escribió «Yors Cuni», como le sonaba, porque tiene problemas con la ele —le explico—. Fue muy tierno.

Todos ríen.

—Y ahora no para de decirle a todo el mundo que yo le caigo bien pero Clooney no. Es como una especie de mantra —Jack sonrío—. Reconozco que me halaga que nos mencionen en la misma frase —añade con modestia.

Esther lo mira.

—Lo cierto es que os parecéis un poco.

—Sí, pero Jack es mucho más guapo —espeta Adam, sonriente—. No te imaginas lo aliviados que nos sentimos todos cuando se casó con Grace. Al menos las chicas de la oficina dejaron de fantasear con él, y algunos de los chicos también —añade jocoso.

Jack suspira sin enfadarse.

—Ya vale, Adam.

—Tú no trabajas, ¿verdad? —dice Esther, volviéndose de nuevo hacia mí.

Detecto en su voz ese desprecio velado que las mujeres profesionales se reservan para las que no trabajan y me pongo a la defensiva.

—Trabajaba, pero lo dejé justo antes de que Jack y yo nos casáramos.

—¿En serio? —pregunta Esther ceñuda—. ¿Por qué?

—Ella no quería —interviene Jack—, pero tenía un puesto de mucha responsabilidad, y a mí no me apetecía volver del trabajo agotado y que ella estuviera agotada también. Quizá fuese un poco egoísta por mi parte pedirle que renunciara a su puesto, pero quería poder llegar a casa y relajarme, no encontrármela a ella desquiciada. Además, viajaba mucho, y no me agradaba la idea de volver a una casa vacía, como había hecho durante años.

—¿A qué te dedicabas? —pregunta Esther, clavando en mí sus ojos de color azul claro.

—Era responsable de compras en Harrods.

Por el súbito brillo de sus ojos, deduzco que la he impresionado. El que no me pida más detalles significa que, de momento, no lo va a demostrar.

—Viajaba por todo el mundo en primera —se apresura a decir Diane.

—Por todo el mundo, no —la corrijo—. Solo a Sudamérica. Compraba fruta, principalmente a Chile y Argentina —añado, más que nada por Esther.

Rufus me estudia admirado.

—Eso debía de ser interesante.

—Lo era —confirmo—. Me encantaba.

—Debes de echarlo de menos, entonces —sentencia de nuevo Esther.

—No, la verdad es que no —miento—. Aquí tengo mucho que hacer.

—Y pronto tendrás que cuidar de Millie.

—Millie es muy independiente; además, estará trabajando casi todo el tiempo en Meadow Gate.

—¿El vivero?

—Sí. Le encantan las plantas y las flores; tiene suerte de que le hayan ofrecido el empleo ideal.

—¿Y qué harás tú durante todo el día?

—Más o menos lo que hago ahora, ya sabes, cocinar, limpiar... Y cuidar el jardín, cuando el tiempo lo permita.

—Estás invitada a nuestro próximo almuerzo dominical, para que veas el jardín —dice Jack—. A Grace se le da muy bien la jardinería.

—Cielo santo —dice Esther como si nada—. Cuánto talento. Yo estoy encantada de que me propusieran un puesto en St. Polycarp's. Me aburría muchísimo encerrada en casa todo el día.

—¿Cuándo empiezas?

—El mes que viene. Sustituyo a una profesora que está de baja maternal.

Me vuelvo hacia Rufus.

—Jack me ha contado que tenéis un jardín enorme —le digo, y mientras sirvo un poco más de solomillo Wellington, que he dejado en un calentaplatos junto con las verduras

para que se mantenga a buena temperatura, todos hablan de paisajismo en vez de hablar de mí. Hablan y ríen, y yo me sorprendo mirando pensativa a las otras mujeres y preguntándome qué se sentirá al ser como Diane o como Esther, que no tienen una Millie a la que proteger. Enseguida me siento culpable porque quiero a mi hermana por encima de todo y no la cambiaría por nada del mundo. Solo de pensar en ella me invade una renovada determinación y me pongo en pie, resuelta.

—¿Estáis todos listos para el postre? —pregunto.

Jack y yo recogemos la mesa y él me sigue a la cocina, donde, mientras dejo los platos en el fregadero para aclararlos más tarde, él limpia y guarda en su sitio el cuchillo de trinchar. El postre que he preparado es una obra maestra: un nido de merengue, perfecto e inmaculado, de ocho centímetros de altura, relleno de nata montada. Cojo la fruta que ya tengo apartada, coloco con cuidado las rodajas de mango, piña, papaya y kiwi sobre la nata, y añado fresas, frambuesas y arándanos.

Cuando cojo una granada, su tacto me transporta a otro tiempo, otro lugar, donde el calor del sol en mi rostro y el parloteo de voces excitadas eran cosas que creía normales. Cierro los ojos un instante y recuerdo la vida que solía llevar.

Consciente de que Jack me espera con la mano tendida, le paso la granada. La parte por la mitad y yo extraigo las semillas con una cuchara y las esparzo por encima del resto de la fruta. El plato está completo; lo llevo al comedor, donde los aspavientos que lo reciben me confirman que Jack ha acertado al preferirlo a la tarta de castañas con chocolate que yo habría querido hacer.

—¿Te puedes creer que Grace jamás ha hecho un curso de cocina? —le comenta Diane a Esther, cogiendo la cuchara—. Me admira tanta perfección, ¿a ti no? Aunque, a este paso, no voy a poder ponerme el biquini que me he comprado —añade,

gruñendo y dándose palmaditas en el estómago por encima del vestido de lino azul marino—. No debería ni probar esto, teniendo en cuenta que ya hemos reservado nuestras vacaciones de verano, pero ¡está tan rico que no puedo resistirme!

—¿Adónde vais? —pregunta Rufus.

—A Tailandia —contesta Adam—. Habíamos pensado ir a Vietnam, pero, después de ver las fotos de las últimas vacaciones de Jack y Grace en Tailandia, decidimos dejar lo de Vietnam para el año que viene —se vuelve hacia Diane y sonríe—. En cuanto Diane vio el hotel en el que se habían alojado, lo tuvo claro.

—Entonces, ¿vais al mismo hotel?

—No, ya estaba completo. Por desgracia, nosotros no podemos ir de vacaciones fuera de temporada.

—Aprovechad mientras os sea posible —afirma Esther, mirándome.

—Eso pretendo.

—¿Vais a volver a Tailandia este año? —inquire Adam.

—Solo si conseguimos escaparnos antes de junio, algo que veo improbable, porque el juicio del caso Tomasin está a punto de celebrarse —responde Jack. Me lanza una mirada de complicidad desde el otro lado de la mesa—. Además, tendremos a Millie con nosotros.

Contengo la respiración con la esperanza de que nadie sugiera que esperemos un poco y vayamos los tres.

—¿Tomasin? —Rufus enarca las cejas—. He oído algo de ese caso. ¿Su esposa es cliente de vuestro bufete?

—Sí, así es.

—Dena Anderson —masculla—. Ese caso debe de ser interesante.

—Lo es —coincide Jack. Se vuelve hacia mí—. Cariño, si ya han terminado todos, ¿por qué no le enseñas a Esther las fotos de nuestras últimas vacaciones en Tailandia?

Se me cae el alma a los pies.

—No creo que quiera verlas —digo, procurando sonar desenfadada, pero incluso tan leve indicio de discordia entre los dos es suficiente para Esther.

—¡Me encantaría verlas! —exclama.

Jack aparta su silla de la mesa y se levanta. Coge el álbum del cajón y se lo pasa a Esther.

—Entonces, mientras veis las fotografías, Grace y yo vamos a preparar el café. ¿Por qué no pasáis al salón? Allí estaréis más cómodos.

Cuando volvemos de la cocina con la bandeja del café, Diane está como loca con las fotos, pero Esther apenas dice nada.

Debo reconocer que las fotografías son impresionantes y que yo salgo muy favorecida: bronceada, con mi delgadez de los veintitantos y luciendo uno de mis múltiples biquinis. En casi todas me encuentro a la entrada de un lujoso hotel, o tumbada en su playa privada, o sentada en un bar o en un restaurante con un colorido cóctel y un plato de comida exótica delante. En todas sonrío a la cámara, paradigma de mujer relajada y mimada enamoradísima de su marido. Jack es bastante perfeccionista a la hora de hacer fotografías y las repite una y otra vez hasta que le satisface el resultado, así que ya he aprendido el modo de que salgan bien a la primera. También hay fotos de los dos, tomadas por algún amable desconocido. Es Diane quien señala provocadora que, en esas, Jack y yo solemos mirarnos como tortolitos en lugar de mirar a la cámara.

Jack sirve el café.

—¿A alguien le apetece un bombón? —pregunto, y rescato con naturalidad la caja que ha traído Esther.

—Me parece que ya hemos comido todos bastante —indica Jack, mirando alrededor en busca de confirmación.

—Desde luego —señala Rufus.

—A mí no me cabe nada más —gruñe Adam.

—Entonces los guardamos para otra ocasión —dice Jack, tendiéndome la mano para que le entregue la caja.

Ya me he resignado a que no voy a catarlos cuando Diane acude en mi auxilio.

—Ni se te ocurra... Seguro que puedo hacer sitio para uno o dos bombones.

—Supongo que no sirve de nada que te recuerde lo del bikini —le dice Adam a su mujer, meneando la cabeza con fingida desesperación.

—De nada en absoluto —confirma Diane, que coge un bombón y me pasa la caja. Yo tomo uno, me lo meto en la boca y le ofrezco a Esther. Como ella no quiere ninguno, cojo otro y le devuelvo la caja a Diane.

—¿Cómo lo haces? —inquire Diane, mirándome admirada.

—¿Perdona?

—¿Cómo haces para comer tanto y no engordar?

—Es suerte —respondo a la vez que alargo la mano para coger otro bombón—. Y control.

Cuando dan las doce en el reloj, es Esther quien insinúa que deberían irse. En el vestíbulo, Jack les devuelve los abrigos y, mientras ayuda a Diane y a Esther a ponérselos, yo acepto reunirme con ellas el viernes a las doce y media para almorzar en Chez Louis. Diane me da un abrazo de despedida. Luego le estrecho la mano a Esther y le digo que espero ilusionada nuestro próximo encuentro. Los hombres se despiden de mí con un beso y, al salir, todos nos agradecen la perfecta velada. De hecho, la palabra «perfecta» resuena tanto por el vestíbulo cuando Jack cierra la puerta de la casa que sé que he triunfado. Pero debo asegurarme de que Jack piensa lo mismo.

—Mañana tendríamos que salir de casa a las once —digo, volviéndome hacia él—. Para poder llevarnos a Millie a comer fuera.